

IX.

Mario.

La mañana que siguió á aquella noche horrible en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir, la buena Angela entró, como lo tenia de costumbre, á la habitación de Marietta llevando el desayuno. Lo primero que llamó su atención fué la ventana que habia quedado abierta de par en par y dejaba libre paso al viento helado de las primeras horas del día.

El lecho de Marietta no estaba descompuesto, y ella, arrodillada en el suelo y con la frente sobre el jergon, no pareció notar la presencia de Angela. Se la habria creído privada de sentido si los estremecimientos nerviosos que los sollozos imprimian á su cuerpo no indicaran que habia sido bastante desgraciada para sobrevivir á su deshonor y á su abandono.

Angela se sorprendió al ver á su ama en semejante estado, y poco faltó para que hubiera dejado caer la bandeja en que lle-

vaba el desayuno; colocó ésta violentamente encima de la mesa, y acercándose á Marietta trató de levantarla, y le preguntó con interés.

—¿Que tiene usted, señorita?

Los sollozos no dejaban hablar á Marietta, que continuó llorando y echó los brazos al cuello de la criada.

—¡Jesus, señorita,—continuó Angela—está usted helada!— y depositándola suavemente en el sillón corrió á cerrar la ventana.

Luego, volviéndose á la pobre jóven, que abrumada de dolor la dejaba hacer sin pronunciar una sola palabra, la cubrió con la ropa de la cama, y trató de calentarle las manos tomándolas entre las suyas.

—¿Que le ha pasado á usted, señorita?—prosiguió despues de un rato, con acento de la mas tierna solicitud—¿por qué no se ha acostado usted? ¿para qué abrir la ventana tan temprano? El aire de la mañana es malo y usted está delicada; si usted no se cuida ¿quién cuidará de la pobre señora?

Marietta, á quien Angela habia venido á distraer un momento de su doloroso estupor y de la atroz angustia que la devoraba, no sabia que contestar; la solicitud de aquella pobre mujer le causaba daño; su cariñosa curiosidad la importunaba; debia darle una respuesta cualquiera, y ni le parecia conveniente comunicarle sus profundas penas, ni tenia ánimo para mentir en las circunstancias tan graves en que se encontraba.

Sin embargo, era mujer y contaba con esos mil recursos que son una facultad especial del bello sexo, y que le ha conoedido la naturaleza como para compensarle de su debilidad, que sin ellos no podria sobreponerse á las situaciones difíciles.

—He tenido malos sueños, querida Angela,—contestó al fin —conozco que es una niñería, pero me han afligido sin que lo pudiera remediar.

—¿Malos sueños, señorita?... ¡Si no se ha acostado usted!...



—En efecto,—continuó Marietta, haciendo un esfuerzo para vencer la repugnancia que le causaba mentir;—estaba tan cansada del trabajo que me dormí en el sillón; pero ya ves, ya pasó todo,—añadió con acento de profunda amargura.

—¿Y qué soñó usted, señorita?

—Que por la ventana, que habia dejado abierta, entraban unos hombres feroces y me asesinaban.

—¡Pobre señorita! si yo lo hubiera sabido habria venido á acompañar á usted.

En seguida le presentó el desayuno que apenas tocó y la obligó á recojerse.

Bien lo necesitaba la infortunada jóven. La impresion moral que le habian causado la ingratitud y el cinismo del hombre á quien con ciega confianza se entregó, habia agotado sus fuerzas físicas. La fiebre hacia temblar todos sus miembros, y sentia que su cabeza pesaba como si fuese de plomo.

Cuando Marta, advertida por Angela, fué á ver á su nieta, la encontró en un estado de postracion extraordinario, y justamente alarmada envió á Carlos á Pésaro en busca de un facultativo.

Este, despues de examinar á la enferma y de pulsarla, declaró que era presa de una grave pleuresia, mandó que guardara cama y le recetó algunas drogas, ofreciendo volver al dia siguiente.

El estado de Marietta se empeoraba cada dia mas; al declinar la tarde la calentura crecia y la enferma deliraba. Marta y Angela, que no se apartaban de su cabecera, oian con espanto los delirios de la jóven.

Un nombre se escapaba de sus lábios; le pronunciaba amorosamente, y guardaba silencio un breve rato como esperando una respuesta. Luego hablaba de su hijo, pedia un nombre para él, y acababa por dar gritos desgarradores y exclamar con angustia:

Casado!..... Infame!..... Abusaste de mi inocencia..... Maldito seas, Fernando! . . .

Y caía en una postracion completa.

Así descubrieron aquellas dos mujeres el secreto de la jóven. Siempre que la calentura la llevaba hasta el delirio, las mismas frases se escapaban de sus lábios, y Marta y Angela, que la amaban extraordinariamente, cada una á su modo, no encontraron en su alma al saber la desgracia irreparable de Marietta, mas que sentimientos de conmiseracion para ella, de odio y de venganza para su seductor.

La juventud de la enferma y su buena naturaleza, ayudadas poderosamente por las acertadas disposiciones del médico, triunfaron al fin de la enfermedad y Marietta entró en convalecencia.

Su primera idea al volver á la vida fué que Dios le habria hecho un inmenso beneficio arrebatándola al mundo en el que no tenia ya otra mision que sufrir y llorar; pero pensando despues en el inocente sér que llevaba en su seno, comprendió que debia vivir para él y se resignó á sobrellevar su mísera existencia para dulcificar cuanto le fuese posible la del fruto de su amor.

Uno de los mas singulares efectos de las enfermedades graves es hacer mejores á las personas que las han padecido. En aquellos momentos en que se comienza á vivir de nuevo despues de haber sentido el aire frio del sepulcro en la frente; despues de haber visto los semblantes de las personas queridas que rodean la cama, lejos, muy lejos y como á traves de un cristal empañado; cuando el cuerpo despues de parecer suspendido en el aire como dispuesto á abandonar el mundo, comienza á recobrar su vigor y á sentir la sangre circular libremente por las venas, entónces todo se ve de una manera muy diferente que cuando llenos de fuerza y de vida nos abandonamos á los efímeros goces de la existencia y los creemos eternos.



Marietta se hallaba en una situación escepcional; recordaba sin ira al autor de su infortunio; pensaba en su hijo que no era culpable del crimen de quien le dió el sér, y al sentir sus primeros movimientos experimentaba ese placer indefinible con que Dios ha querido compensar á las madres de los sufrimientos del embarazo y de los dolores del alumbramiento.

Cuando Marta y Angela le indicaron que conocian su secreto y le manifestaron su indignacion contra el pérfido extranjero, ella les confesó llorando su falta, y les rogó que perdonaran á aquel hombre infame como ella le habia perdonado ya.

La convalecencia fué feliz, y algunas semanas despues pudo Marietta dedicarse de nuevo á su trabajo para cubrir las brechas que los gastos erogados en su enfermedad habian hecho en las cortas economías de la familia, y para prepararse al acontecimiento que debia verificarse pasados algunos meses.

Trabajaba los domingos despues que volvía de la iglesia. En vano la esperaban en el camino sus numerosos admiradores; la bella tejedora salía de su casa, acompañada de Angela, cuando apénas comenzaba á despuntar el dia; oía la primera misa que se decía en la iglesia de S. Juan, á la que asistian algunas raras personas madrugadoras, y regresaba inmediatamente á la casita del molino.

Se decía que la enfermedad la habia vuelto misántropa, y corrian algunos rumores misteriosos sobre sus amores con el extranjero. Carlos y Angela eran interrogados incesantemente por los vecinos, pero se habian encerrado en un silencio absoluto, el uno porque nada sabia y la otra por cariño á su señorita. La vieja Marta resistía mas difícilmente que nadie á la tentacion de contar á sus amigas que iba á ser bisabuela, pero con heroicidad inaudita logró guardar el secreto de Marietta.

Por fin, una noche, la jóven sintió intensos dolores, y con el auxilio de Angela y de Marta, dió á luz un hermoso y robusto niño, á quien pusieron por nombre Mário.

Como es de suponerse, aquel niño fué objeto de la adoracion de las tres mujeres, que le cuidaban á porfía y le mimaban extraordinariamente. A medida que adelantaba en edad, el encanto se aumentaba; y cuando comenzó á andar y á balbutir algunas palabras, la dominacion que ejercía en los habitantes de la casita del molino era absoluta.

Adquirió así un hábito de mando que traía enagenadas á Marietta y á las dos ancianas; le complacian en todo y celebraban locamente sus gracias infantiles.

El niño crecía en aquella atmósfera de cariño, y su alma tierna se abría insensiblemente á la bondad y á la dulzura; como jamas se le contradecía, nada habia que le exasperara, y adquirió un carácter suave que le hacía querer de todos.

Marta habia hecho correr la voz, pocos dias despues del nacimiento de Mário, de que un niño habia sido depositado en la puerta de la casita del molino, pero la perspicacia de las comadres no se dejó engañar por la candorosa mentira de la anciana.

Al principio habia hecho mucho ruido el suceso; pero á poco tiempo ya no habia quien hablara del asunto, y como los pecados de amor son los que se perdonan mas facilmente, Marietta recobró muy pronto el afecto que todos le tenían por su modestia y sus bondades, y que habia entibiado algo la noticia de su deshonra.

Cuando Mário tuvo cinco años, le llevó Marta por primera vez á la iglesia, y el niño estuvo absorto escuchando el órgano y admirando los frescos que ornaban las paredes y la cúpula. Gran trabajo costó á su bisabuela arrancarle de allí, y solo la promesa de que le llevarian al dia siguiente, pudo decidirle á seguir á la anciana.

Desde aquel dia no faltaba uno solo á la iglesia, agradándole mas la de la Misericordia, porque el organista de allí, Maese



Jacobo, era el mas famoso de Pésaro. La buena Marta, por complacer á Mário, le acompañada diariamente; pero demasiado avanzada en edad, y poco filarmónica, se dormia profundamente miéntras su nieto se extasiaba oyendo los sonidos del órgano.

## X.

## ¡Pobre madre!

Era la hora del crepúsculo vespertino. El reflejo de los últimos rayos del sol producía esa claridad misteriosa tan agradable de contemplar para las gentes soñadoras. Los trabajadores de las fábricas abandonaban sus fatigosas tareas y se dirigian alegres y cantando á sus pobres habitaciones; los pájaros volaban en busca de sus nidos, donde los aguardaban pipiando sus hijuelos; las esposas de los obreros preparaban la cena para sus maridos, y los chicos saltaban de alegría disponiéndose á abrazar á sus padres y contarles esas mil necedades que brotan de los lábios infantiles, tan encantadoras para los que tienen hijos y aman, por consiguiente, á los niños, y que hacen encojer de hombros á los solterones y á los indiferentes.

Marietta habia abandonado hacia un momento su labor, y puesta á la ventana dirijia miradas inquietas é investigadoras hácia el camino por donde debian volver la tia Marta y el niño Mário, que como de costumbre, habian ido á la iglesia.